

La consolidación del crecimiento

La incipiente recuperación del nivel de la actividad económica en España, que señalaban los indicadores económicos disponibles a finales de 1993 —un año recesivo en su conjunto y que ha acentuado la divergencia real de nuestra economía respecto a los países de la Unión Europea—, parece confirmarse en los primeros meses de 1994. En enero de este año tanto el Indicador General de Actividad Económica que elabora el BBV como el propio índice de Producción Industrial arrojaban una positiva evolución respecto a igual mes del año anterior (0,9 y 3,5 por cien, respectivamente). Habrá que esperar todavía un cierto tiempo para que las estadísticas oficiales, que miden globalmente el quehacer económico español cifren con precisión la intensidad de esa mejora incipiente que los indicadores disponibles detectan. Tres hechos, sin embargo, pueden ya predicarse con cierta seguridad respecto al comportamiento económico español de los primeros meses de 1994: — El crecimiento económico positivo que, sin duda, se está registrando es modesto. —tal como los analistas de coyuntura habían pronosticado al evaluar sus previsiones (vid. en este sentido el cuadro macroeconómico del consenso en "Cuadernos de Información Económica", que edita la Fundación FIES de las Cajas de Ahorros correspondiente a febrero de 1994)—y precario, porque no

**VICTORIO
VALLE**

«En enero de este año tanto el Indicador General de Actividad Económica que elabora el BBV como el propio índice de Producción Industrial arrojaban una positiva evolución respecto a igual mes del año anterior (0,9 y 3,5) por cien, respectivamente.»

*Diputado en Cortes. Ex Ministro de Interior.

está transmitiendo su impulso, aún débil, sobre la creación del empleo ni sobre la inversión productiva. El paro registrado ha continuado creciendo en los dos primeros meses de 1994, y la producción interna de bienes de equipo y la actividad del sector de la construcción —un sector básico para la generación de empleo— sigue discurrendo con tasas negativas en su evolución durante los primeros meses de 1994.

—Las *expectativas* de los consumidores y de las empresas han experimentado cierta mejora, pero sus valores siguen siendo negativos y elevados, lo que explica la escasa recuperación que da muestras el consumo privado (sólo la demanda de automóviles y la importación de bienes de consumo parecen haber alentado en febrero con alguna menor apatía de lo que sus series venían mostrando), y el desplome de la inversión privada pese a la evidente recuperación que los excedentes empresariales han debido experimentar en los últimos meses como consecuencia de la mejora en la productividad que la reducción del empleo ha comportado.

Cuando esos síntomas de recuperación económica incipiente se analizan, tal vez el único dato positivo real y contrastado sea el *excelente comportamiento del comercio exterior*. En efecto, la tasa de crecimiento de las exportaciones en los meses de enero y febrero (25,9 por cien) ha superado ampliamente al crecimiento también positivo de las importaciones (8,7 por cien), lo que junto al buen comportamiento del turismo, ha conducido una mejora sustancial del saldo de la balanza exterior por cuenta corriente.

Parece, en definitiva, que la tenue evolución positiva de la economía española a comienzos del 94 sea, sin que ello desmerezca su importancia, el tímido reflejo de la recuperación económica que va consolidándose en Estados Unidos y en algunos países europeos significativos, a través de unas relaciones económicas cimentadas en un tipo de cambio realista de la peseta. La pregunta con sentido es si España ha aprovechado el tiempo de crisis que nos ha tocado vivir desde 1992 para reforzar los mecanismos de flexibilidad de nuestra economía, de forma que pueda ahora aprovechar con ventaja la mejoría económica internacional, dando estabilidad y continuidad al proceso de recuperación iniciado.

Desgraciadamente, en ese contexto el juicio actual sobre la economía española no es muy alentador. Decir esto no supone tratar de quitar importancia al mensaje positivo que los datos transmiten, ni tratar de asumir un papel de aguafiestas respecto a una recuperación que algunos proclaman con notable imprudencia, como un logro definitivo en el maltrecho panorama nacional que dejó el reciente período recesivo que ha vivido, y aún vive en algunos aspectos, la economía española. Es más bien la tarea de asumir ese responsable papel del economista—que Carlyle calificó de "triste"— de llamar la atención sobre los límites y exigencias de nuestras posibilidades reales de

«Todo el mundo parece estar de acuerdo en la necesaria reforma del mercado de trabajo —que, por otra parte, se ha visto confirmada dramáticamente por los negativos resultados sobre el empleo de 1993—pero sólo se han hecho pequeños avances.»



encontrar una senda de crecimiento sostenido, estable y generador de empleo.

Tres aspectos reclaman, en mi opinión, alguna reflexión adicional para valorar la actual situación económica española y las posibilidades de consolidación de su incipiente recuperación.

El primero de ellos se centra en la convicción de que el panorama económico español continúa invadido por un cúmulo de *incertidumbres* básicas que inhiben los comportamientos económicos que serían convenientes. Las incertidumbres políticas, las asociadas al comportamiento sindical, no despejadas tras el reciente congreso de UGT, las que se derivan del ambiente del conflicto laboral creciente alentado, entre otras cosas, por la alarmante tendencia de algunas empresas multinacionales a reducir sus inversiones en España. Incertidumbres fundamentales que las conductas políticas y sociales no contribuyen a reducir.

En segundo lugar, el retraso en las necesarias reformas estructurales que permitan asegurar una mayor flexibilidad económica, que sólo han iniciado tímidamente su andadura. Todo el mundo parece estar de acuerdo en la necesaria reforma del mercado de trabajo —que, por otra parte, se ha visto confirmada dramáticamente por los negativos resultados sobre el empleo de 1993— pero sólo se han hecho pequeños avances respecto a un cambio fundamental que suscita reacciones sociales virulentas y cuya implantación se ha ido alejando en el tiempo.

El sector de los servicios con sus características rigideces, que están en la base del crecimiento diferencial de precios en España, reclama también con urgencia una amplia liberalización en muchos de sus mercados. Una desregulación reclamada por la sociedad, y avalada en su conveniencia por los Informes del Tribunal de Defensa de la Competencia que constituye la típica reforma pendiente que nunca llega.

Como tampoco se instrumentan los cambios necesarios en la política presupuestaria por la vía de la contención del gasto público y de la mejora en su eficiencia que permitan contemplar sin sorpresas ni retrocesos la posibilidad de una reducción del déficit público, sin ajustes contables, que refleje la necesaria reforma de las administraciones públicas para dominar las fuerzas impulsoras del gasto. Algo que la actual laxitud presupuestaria y la inevitable trayectoria que todo conflicto empresarial público o privado tiene de convertirse en motivo de expansión del gasto de subvención, hace perceptiblemente cada vez más difícil. Reducir artificialmente el gasto público es fácil; al cabo de unos años —como ha ocurrido en 1993— habrá que confesar que las cosas no se hicieron bien en el pasado aflorando un déficit desproporcionado, en un momento en que lo útil hubiera sido disponer de un sector público saneado que hubiera podido articular una actuación reanimadora de la economía

«¿Tiene la sociedad española conciencia de que la integración europea, ha cambiado las claves de la dinámica de su crecimiento?.»



nacional, algo que la hacienda española a la vista de sus elevados niveles de endeudamiento no puede ni debe plantearse. Lo difícil es practicar las reformas necesarias para hacer creíble una política modesta y programada de reducción del déficit público.

Pero, en tercer lugar, creo que buena parte de las dificultades y problemas anteriormente expuestos tienen una raíz profunda que me parece más ¿La sociedad española es consciente de las limitaciones —y posibilidades— que tiene el modelo de crecimiento que ha elegido libremente, dentro de la Unión Europea?

España ha avanzado en un proceso de integración económica y financiera con Europa. Para muchos españoles esto parece que sólo ha supuesto una satisfacción moral o la adquisición de unos derechos y prebendas poco claras. ¿Tiene la sociedad española conciencia de que la integración europea ha cambiado las claves de la dinámica de su crecimiento? Oyendo el patético y lógico lamento de quienes se quedan sin empleo ante la marcha de empresas extranjeras o el cierre de empresas nacionales, uno tiene la duda de si el discurso sindical caduco, que ha conducido a un crecimiento de los costes laborales en España muy por encima de la media europea, ha sido consciente de los riesgos que tal comportamiento imponía al nivel de ocupación, en el marco de una economía abierta y guiada por el principio de competencia. Igual que uno se pregunta dónde están las necesarias inversiones públicas para potenciar la competitividad de nuestras empresas mediante la creación de factores intangibles (diseños, marcas, capital humano, las redes de asistencia y de comercialización de nuestros productos) que condicionan las posibilidades de competir con ventaja en los mercados internacionales.

Tal vez en esta coyuntura de incipiente y modesta recuperación de la actividad económica sea bueno recordar, una vez más, que la nueva batalla de la competitividad requiere cambios de mentalidad y de comportamientos en los agentes económicos.

Pretender consolidar el crecimiento económico sin practicar los cambios necesarios, con un modelo de comportamiento propio de otras épocas, es una forma, como otra cualquiera, de perder la oportunidad histórica que se nos presenta de incorporarnos a un crecimiento sostenido dentro de la Unión Europea del futuro. Y esto, la experiencia lo afirma hasta la saciedad, sólo será posible en la medida en que la sociedad española esté dispuesta a afrontar su futuro con libertad, apertura exterior, estabilidad de precios y practicando los cambios necesarios en su estructura productiva y distributiva.

Que las ocasionales mejoras, por tantos motivos deseables, de la actual coyuntura económica, no nos hagan perder el norte de dónde se encuentran las raíces profundas que podrían permitir la consolidación de ese crecimiento.

« Tal vez en esta coyuntura de incipiente y modesta recuperación de la actividad económica sea bueno recordar, una vez más, que la nueva batalla de la competitividad requiere cambios de mentalidad y de comportamientos en los agentes económicos..»



